

FRANCISCO FERRER

«¿Qué vale la fuerza trepidante de los hombres, contra la radiosa eternidad de la idea?»

El dolor más intenso que hasta hoy en mi vida he experimentado, fue en la noche del 13 de octubre de 1909, cuando las «extras» de la prensa londinense confirmaban, sin lugar a duda, la perpetración del inaudito asesinato de Ferrer Guardia, la mañana de ese mismo día, en los fosos del castillo de Monjuich.

Se pretende que los vínculos de la sangre son los únicos que realmente nos ligan unos a otros. Tal vez así sea entre los indiferentes y los egoístas; pero, cuando se tiene alma y se «vive», no hay más vínculo que nos atraiga, que el del ideal.

Si la consanguinidad nos asegurase la homogeneidad de espíritu, no habría lazo que pudiese substituir al de la familia.

Desgraciadamente, o acaso felizmente, no es así, y por ello, el hombre que ha logrado sustraerse a los prejuicios y las rutinas que circunscriben el pensamiento a la estrecha cavidad craneana, y se lanza al infinito en busca de la solución del eterno enigma, a todo aquel que participe de sus anhelos y sus sentimientos, le hace al momento un miembro querido de su «otra» familia, con tanta más razón que casi siempre es incomprendido entre los suyos.

Todavía en España es muy discutida la personalidad de Ferrer Guardia. La mayoría le considera un simple malhechor señalado por el dedo de la «infalible» Iglesia romana, y ejecutado por la no menos infalible justicia humana. Sólo una ínfima minoría está compenetrada de la labor modesta e intensa del fundador de la Escuela Moderna. Es preferible para los poltrones fundar su criterio, si criterio puede llamarse, en un «se dice», que tomarse el trabajo de estudiar, pensar y analizar....

Ferrer vivió en el destierro una gran parte de su vida, y fuera de España era donde se le conocía y se le estimaba; nada sorprendente es, pues, que aquel «auto de fe» en pleno siglo XX hubiese provocado la indignación de los librepensadores de todo el Mundo.

Los parisienses fueron los primeros en responder a la descarga de Monjuich con una manifestación monstruo que asumió las proporciones de un verdadero motín, frente a la legación de España, pidiendo la cabeza de Alfonso XIII, que no había hecho sino obedecer las sugerencias de su Gabinete, integrado por individuos de la talla de Maura y Lacierva y nuestro García Granados.

Roma, Viena, Berlín, Londres, Bruselas, San Petersburgo, Amsterdam, Lisboa, Nueva York, Buenos Aires y otras muchísimas ciudades de menor importancia, presenciaron imponentes manifestaciones de protesta contra el salvajismo reaccionario, que, siendo Gobierno, colocaba de un golpe a España en plena Edad Media.

¡Cuántas esperanzas hizo renacer en nuestros corazones aquella demostración de confraternidad universal, única en la historia!

La opinión pública en pro de Ferrer se hizo de tal manera aplastante, que ocho días después del asesinato judicial, Maura y sus cofrades quedaban indefinidamente inhabilitados para gobernantes.

De los muchos editoriales de la prensa mundial de importancia que cuidadosamente conservo, entresaco algunos al azar.

«Ferrer no hace ni ocho días que ha sido enterrado, y ya sus asesinos oficiales han desaparecido. De la fosa común donde la Iglesia le hizo arrojar, el mártir se levanta y arroja del poder a Sus Excelencias Maura y Lacierva. Estos verdugos execrables desaparecen del escenario político. España respira al precio de un sacrificio humano». — (*L'Action*, de París).

«La influencia clerical ha dado al partido del señor Maura una cohesión y una vitalidad que no tiene ningún otro grupo parlamentario. De todas maneras, es de sentirse que España se vea sujeta a la prueba de una violenta crisis ministerial en los momentos en que es para ella de gran urgencia ser gobernada por una mano firme y que no tiemble». — (*The Standard*, de Londres, diario conservador).

«Contra toda su voluntad, Maura y sus cómplices han debido resignarse a sufrir la suerte que les ha

tocado y que ha librado a España de su ministerio. La conmoción que experimentó todo el mundo civilizado después de la ejecución de Ferrer, no fué provocada por un acceso de sensiblería como se ha pretendido hacer creer; lo que ha unido a los pueblos ha sido la percepción exacta de hallarse frente a intereses comunes, y lo que los diplomáticos no han querido hacer lo ha hecho la voz de los pueblos en el extranjero, y nada ha podido impedir al pueblo español escuchar esa voz». — (*Berliner Tageblatt*, de Berlín).

«Esos matones que ayer todavía decían por boca de la prensa puesta a su disposición que continuarían su política sanguinaria y criminal; que ayer todavía la echaban de perdonavidas en la tribuna del Parlamento español; que ayer todavía decían que renunciar en los momentos actuales sería una cobardía, se han sobrecogido de miedo y han renunciado. No hay que dudar, por otra parte, de su cobardía: la hipocresía mostrada en la perpetración del crimen judicial de Barcelona no deja duda alguna acerca de su cobardía». — (*Le Soir*, de Bruselas).

«La grata nueva de la dimisión de Maura ya era esperada por los espíritus un poco videntes. De nada le sirvieron su actitud «enérgica», ni su fidelidad al rey, ni su bello cinismo en el Parlamento. No pudo resistir el paso de la opinión pública universal, o, mejor dicho, de la justicia inmanente en el dramático proceso de Ferrer. Por esto España, y con España todo el mundo, le ven con gusto caer del poder». — (*La Suisse*, de Suiza).

«La dimisión del Gabinete de Maura es una prueba irrefutable del poder de la opinión pública. La situación parlamentaria de Maura era incommovible; tenía una gran mayoría, y en el país gozaba de bastante prestigio. Y bien, a pesar de todo esto, ha caído.... La opinión pública no es el resultado del criticismo, sino más bien una fuerza viviente y poderosa. Era por de más que Maura tratara de evitarla; el veredicto de Europa le arroja del poder y debe dejar el gobierno en manos limpias de sangre». — (*La Stampa*, de Turín).

Sólo *El Imparcial*, de Reyes Spínola, que parecía ser el órgano oficial de Maura, decía: